

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Del Evangelio de Marcos: "Por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea, y Juan lo bautizó en el Jordán. Y en seguida, mientras salía del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hasta él en forma de paloma. Se oyó una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto"..."

El próximo domingo cierra la Iglesia el tiempo de Navidad celebrando el bautismo de Jesús. También nosotros hemos sido bautizados como él. Hemos sido ungidos por el Espíritu para servir y para hacer el bien. Hemos sido llamados por Dios "hijos muy queridos".

... Y en la mañana del bautismo, cuando se oyó : "Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto",
el mundo se preguntó por qué aquel día amanecía dos veces.
La frase estalló en el aire como una bengala, y todos los árboles quisieron ser frutales,
y los lirios empezaron a parecerse a las trompetas.
Hacía siglos que el mundo no había estado tan de fiesta: Dios no era juez, era un gran padre.

Hasta entonces los hombres se habían inventado dioses tan aburridos como ellos,
serios y solemnes faraones, atrapamoscas con sus tridentes de opereta.
Dioses que enarbolaban el relámpago cuando los hombres encendían una cerilla en sábado,
o que reñían como colegiales pro un "quítame allá ese incienso";
dioses egoístas que imponían mandamientos de amar sin molestarse en cumplirlos.

Y he aquí que, de pronto, el fabricante de tormentas nos llamaba hijos y se proclamaba Padre,
se uncía al carro del amor y se sentaba en la pradera a comer con nosotros la tortilla.
Era un nuevo Dios bastante poco excelentísimo que no desentornaba por las calles
y ante quien sólo es necesario descalzar el alma.

Aquel día los hombres empezamos a ser felices
porque dejamos de buscar la felicidad como quien excava una mina.
No somos felices porque somos felices, sino porque somos capaces de amar y ser amados,
porque nuestro corazón ya tiene casa
y porque tenemos un Padre, un Dios de manos calientes.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Nos cuenta Marcos en su evangelio refiriéndose al día de la multiplicación de los panes y los peces: *"Al desembarcar, vio Jesús mucha gente, le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles con calma. Avanzada ya la tarde, se acercaron sus discípulos a decirle: "Estamos en despoblado y es ya muy tarde. Despídelos, que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor y se compren de comer". Él les replicó: "Dadles vosotros de comer"*.

Cerramos hoy esta semana de sensibilización misionera agustiniana. A lo largo de estos días se te ha hablado desde aquí de evangelización, educación, salud. ¿Han llegado esas palabras a tu corazón o se han paseado por tus oídos?. Y la frase de Jesús, ¿es para ti una frase más? ¿No te dice nada?.

Los misioneros agustinos, como todos los demás, sí que han comprendido el significado de las palabras del Maestro, y en esas tierras de grandes conflictos sociales, luchan por la paz, contra el analfabetismo, contra la opresión de los poderosos, contra todo tipo de injusticias. Su evangelización se acompaña de la promoción de los hombres, aliviando su falta de recursos y estimulando que ellos mismos, con su trabajo y esfuerzo, sean capaces de salir adelante.

Piensa en esos países donde de cada 100 personas, 70 no se alimentan suficientemente y luego permítete rechazar la comida porque no te gusta o porque engorda; piensa en los niños que no asisten a la escuela y se ven explotados en trabajos indignos por unos céntimos, y después quéjate de la falta de medios en el colegio; piensa que en alguno de esos países casi la mitad de las madres son solteras y tienen que sacar adelante sin ayuda a varios hijos, y luego niégate a colaborar y echar una mano en casa; piensa en los ancianos que malviven solos en las chozas, y después ríete de las impertinencias de los viejos; piensa en las aldeas sin luz, sin agua corriente, sin servicios, y luego protesta porque no han encedido la calefacción o no puedes compartir ese capricho; piensa, sobre todo, en la falta de preparación y promoción de aquella gente que les impide resolver sus problemas, ... y después permítete el lujo de perder el tiempo, de no trabajar lo que debes de no aprovechar la oportunidad que tienes.

¡Vamos, despierta ya! Haz realidad de una vez esas palabras que, a fuerza de oírlas y decirlas, se han quedado huecas y vacías: SOLIDARIDAD y RESPONSABILIDAD. Sé solidario y responsable: Reza, colabora, da algo de tu tiempo., prepárate lo mejor que puedas.

Porque... las misiones, las misiones agustinianas, no son cosas de curas:
es **tarea de todos.**

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

En esta Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, percibimos la necesidad de reconciliarnos con el mundo que nos rodea, con la Iglesia en que vivimos la fe, con todos los que también creen en Cristo. La experiencia indica que estamos separados y que necesitamos estar más unidos para hacer realidad el deseo de Jesús: «Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en tí., que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado».

Y sin embargo, ¿cómo permitimos tantas divisiones y rupturas en la Iglesia de Cristo, llamada a vivir la comunión perfecta? ¿Cómo puede haber una iglesia de Pablo, otra de Pedro, otra de Apolo, otra del Papa, otra de Lutero...? La identidad primordial de las comunidades cristianas es tener «un solo corazón y una sola alma». Porque hay una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios. Padre de Jesucristo, y un Espíritu de comunión.

Sigue siendo actual la recomendación de Pablo: No andéis divididos, por favor. No os dividáis, porque rompéis en pedazos a Cristo. La separación entre cristianos es un auténtico sacrilegio. Porque no se puede creer en un Dios comunión y negarlo en la vida.

Es doloroso que una misma fe nos separe: es una triste historia. Y en esta semana se nos pide que conozcamos esa historia, que nos duela, que crezcamos en comprensión y cordialidad, y que estemos unidos, por lo menos, en la oración y en el corazón. Si católico quiere decir universal, se nos pide que seamos católicos de verdad, de brazos abiertos y humildes para todos. Necesitamos estar más unidos. Necesitamos creer y vivir en hermandad.

El sentimiento de hermandad es una sacudida profunda del alma.

Pero una hermandad verdadera exige mucho, Señor.

No basta con saber que hay otros cristianos, ni con estudiar la historia de la iglesia y de los cismas, ni con saludarles en las puertas de sus iglesias...

Se da la hermandad auténtica sólo entre aquellos que tú unes con tu amor.

Son hermanos sólo aquellos que tú unes con la caridad derramada en sus corazones por el Espíritu.

Para gozar plenamente de esta comunión, necesitamos que tú seas el conducto comunicativo, el pegamento que nos atrae y nos pone en contacto; necesitamos que seas el hilo de corriente eléctrica que nos encienda a la vez, y que seas tú la misma corriente que circule por todos..

Por eso, al recordar hoy a «otros» cristianos: luteranos, evangélicos, metodistas, calvinistas, presbiterianos, baptistas, adventistas, anglicanos,... ortodoxos, coptos, jacobitas, maronitas, y tantos y tantos más... comprendo, Señor, que son para mí casi unos desconocidos, que no somos tan hermanos como decimos.

Compruebo que faltan grados de solera a nuestra hermandad:

PORQUE NOS FALTAS TÚ.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Me dijeron una vez que habría un mundo nuevo el día en que desaparecieran del calendario los días y jornadas especiales. Ayer mismo celebrábamos el Día de la Paz. Somos conscientes de su importancia, de lo imprescindible que resulta la convivencia en paz. Pero, ¡cuántos días dejas que el rencor destruya tu ilusión, que el odio se despierte cuando nace el sol!

Hoy se conmemora el Día de los leprosos. Hay organizaciones que nos lo recuerdan incluso en televisión. Nos sentimos muy cercanos al problema. Pero, ¡cuánta lepra queda en tu interior! La enfermedad de la comodidad, la infección del consumo, la peste de la derrota, la lepra del egoísmo...

El próximo domingo se proclama el Día de los Sin Techo. Hemos conocido, a distancia, - eso sí -, la pobreza. Nacida en la calle una noche de invierno, hija del hambre y la soledad. Nunca fue querida por la sociedad, porque molestaba así, que trató de olvidarla, enterrarla en los suburbios. Y la pobreza, desde la marginación, lejos de perecer, creció cargada de resentimiento. Y conoció el desempleo, las drogas, la mendicidad, el robo: conoció la escombrera y el vertedero de la vida. Hoy se ha convertido ya en un gran monstruo que nadie puede ignorar.

A veces pienso lo mal que lo estamos haciendo los adultos. Pero me queda la esperanza del futuro. En tus manos está rehacer un mundo estropeado. Tu proyecto es hacer futuro, hoy más que nunca. Pero uno no construye su vida a base de encuentros con la casualidad y el azar. ¿Estás pasando el ecuador del curso y aún no has puesto manos a la obra? Si logras descubrirte como el pionero que ya comienza a edificar, habrá lugar para albergar una esperanza.

EL futuro nace todos los días: hoy es el futuro del ayer. Y no está hecho. No puedes afirmar que mirando las cosas en conjunto el mañana será así. No puedes adormilarte, ni confiarlo a la suerte. Cuando descubras que tu felicidad está en la preparación de un mundo nuevo al servicio de los hombres, entonces habrá comenzado a ser verdad ese mañana con el que sueñas.

Cambiar el futuro es actuar desde hoy para lograr un mañana mejor.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.